

LA FUGA

Tembalamos al par... En el misterio
Desorden que rebullaba la hermosura,
acento tu penado en la oscura
inquietante de pájaro agorero....

Nadie en tus ojos vio el enigma, empero
cual hasta el mar en su presencia oscura
Inabarcable y ebria de aventura,
entre mis brazos te besó el viento.

Apenas subió el esquife vago,
su coqueada silbaba sobre el lago,
ta sublimaron trágicos sonrojos....

Sacramentó las lágrimas postizas
mi beso al consagrar sobre tus ojos
y se durmió la tarde en tus ojeras.....

Julio Herrera y REISSIG.

El último vuelo de una alondra

(Al recuerdo de Angela Carón de Maldonado)

Elle est cette grace mo-
deste, qui s'efface pudic-
quement d'elle-même, et
cette gloire discrète, tem-
pérée de mystère, qui est
la plus belle pour une
femme poète.

Saint Beuve. — ELOGE DE MA-
DAME TASTU.

Musa discreta del hogar, nacida
del Guayas en el carmen virgiliano
mientras glosaba tu sedosa mano
el verso de oro que en el arpa anida

DE TORTOLA VALENCIA LOS OJOS



Ojos de misterio y ojos de locura,
abismos profundos de pasión y muerte.
Ojos más oscuros que la selva oscura
donde el lobo clava su mirada dura
y aulla el fantasma de la mala suerte.

Ojos que son surcos
y ojos que nos duelen enal si fueran nuestros,
ojos que se enferman de fieros orgullos
y que se revalven torvos y siniestros.

Ojos como aquellos de historia sombría,
de la España antigua que oraba y hería.
Ojos que parecen dos puños de fuego
ardiendo en las fiebres en que Roma ardía
— vino, sangre y oro, del circo y la orgía —
frente al César loco y a Júpiter ciego.

Ojos como de esas gitanas del celo
de la frente baja,
sangrienta y nerviosa la cinta del pelo
y en la mano fina la abierta navaja.

Ojos del misterio! Ojos de odio y pena!
Ojos que al rasgarlos las carnes dolientes
son a nuestra angustia desde la alta escena
ojos de serpientes!

Ojos siempre pegados! Ojos infernales!
Ojos que nos llenan de un temor extraño!....
Tortola, en tus ojos refugio puñales!
Tortola, tus ojos me causaron daño!

Martínez PAYVA.
Buenos Aires, (Argentina).

LA HERENCIA ESPAÑOLA

Ciudadanos de América que paráis en la lengua
de Miguel Cervantes y conserváis en la lengua
la tradición gloriosa de la estirpe de España,
hecha toda de heroísmo, de impetu, de hazaña,
de la bella locura idealista que sube
en alas de Pegaso y se tropa a la nube,
de indomables arranques, de compuestas valientes
que dan por resultado poseser continentes,
del formidable empuje de Cortés y Almagro,
de Felipe Segundo, de los raros milagros
de aquellos bravos tercios que a fuerza de ser grandes
dominaban la Europa de Portugal a Flandes,
teniendo como único motivo de sus glorias
el someter naciones a cambio de victorias
y el alzar las insignias del pabellón ibero
sobre la faz absorta del universo entero.

Ciudadanos de América que conserváis la herencia
de los bellos amores y de la gaita celta,
del insólito empuje del español arisco,
vencedor del romano, expulsor del morisco,
sustentador eterno de la Cruz, caballero
de todas las empresas improbables, guerrero
por el simple pretexto de jugar la vida
por una causa incierta, tal vez desconocida,
valiente hasta lo heroico, pasadizo del demodo
que resume y compendia su vida de Toledo,
caballeresco, activo, emprendedor, creyente,
mantenedor celoso de su palabra, ardiente
sonador, quijotesco, batallador, audaz,
nacido para todas las locuras, jamás
dolegado por nada ni por nadie, sereno;
corazón grande, prodigo, inmensamente bueno;
alma que sueña siempre con redoblar su hazaña
para aumentar la gloria con que se cubre España
y que se juega en todo momento por la sola
evolución lejana de su estirpe española.

Ciudadanos de América, conservad el destino
de la madre española, proseguid su camino;
sed los merecedores de conservar la gloria
cinco veces ilustre que os enseñó su historia
y acordados en cada momento que su holo
más noble fué la bella locura del Quijote,
porque es preciso siempre, para domar la vida,
llevar en lo más hondo de la carne, escondida
una chispa sagrada del ideal latino
que ha de ser vuestra antorcha para hallar el camino.

Ciudadanos de América, renegad de los hábitos
que a maldades antiguas ponen modernos nombres
y os hacen el elogio de las vidas intensas,
de bienestar físicos, de susancias inmensas,

RESIGNACION

¡Oh dulce amor! Yo no te pido nada.
Poeta soy; tú, mi motivo de Arte
yo me conformo con idolatrarte
y soñar con tu imagen, adorada.

Yo estaré lejos de tu ser, y cada
rendido admirador ha de asediarte,
y nunca te hallarás en mejor parte
que aquí, en mi alma, ante tus pies, postrada.

Tendrás, en oración mi pensamiento
y escucharás que pasa por tu lado
mi sombra en el misterio de un murmullo.....

¡Ay! Es tan grande lo que por tí siento,
que eres la única reina que ha brillado
en el albedar de mi grande orgullo.

Benjamín Velasco (Chile)

Alma selecta

Dolada, romántica y morena. Ojos
grandes, asombrados, paridos—oscuros.
Saave, con suavidades inefables; dulce,
con dulzuras infinitas. Jovial, acariicia-
dora, angelical. Tierna, sencilla y com-
pasiva. Amante, con amorosidades fran-
cas, ingenuas, incomplexas. Noble, espi-
ritual. Corazón abnegado, heroico, mis-
ericordioso: alma grande, selecta e impu-
lida. Adoración aristocrática, natural y
rítmica. A andar sereno, esbelto y majes-
toso; toda ella una rara selección de bo-
lleza, de cultura, de amor e inteligencia.

A los quince años tuvo un amor, y fue
ese amor, el más puro, el más grande, el
más ingenioso de todos los amores. Su al-
ma y su corazón respondieron con toda
la franqueza e hidalgía de que estaban
capaces, a ese sentimiento: nunca igu-
do, por sobre todos excelsos. Y su vida
fue más bella, y su vida fue más clara y
más hermosa. Su corazón, como un jar-
dín en primavera, se cubrió de flores, y
su alma, como un océano eterno, de can-
tares.

Y un día, aquel amor marchó.....
Viendo su corazón y huérfano su alma, se
anonadó ella en las distancias, y tuvo, co-
mo un místico, raros éxtasis y raras me-
ditaciones. La lámpara votiva de sus fi-
delidades, permaneció encendida día y no-
che, y su luz, siempre perenne, fue en el
altar de sus recuerdos como la de la lám-
para sagrada del Divino Tabernáculo.
Desde aquellas lejanas tierras: siempre
constante, fiel siempre, venía el consuelo
del amor ausente, lleno de ternuras y de
santas promesas. Y su corazón era para

de esfuerzos materiales enyo único fruto
es matar el espíritu para elevar el bruto;
renegad de los hombres que han perdido la fe
en el lirio ensueño, de aquellos hombres que
a fuerza de ser prácticos no practican la vida;
que sólo se distraen por la sonda escondida;
renegad de los hombres que a la actitud estática
del soñador, oponen la brutal matemática
del dos por dos y venden en negocios ilícitos
hasta sus sentimientos más hondos y más lieitos.

La existencia mirada en esa forma es
la existencia del yanqui o del cartaginés,
del pueblo que corrompe sus más puros deseos
y somete su ensueño a cálculos hebreos
hasta llegar al día en que vende el decoro
como vende un objeto que se compra con oro.

Ciudadanos de América, seguid la madre España,
el ideal posible que cada cosa entraña,
el vuelo de los astros en los mundos azules,
las vaguedades ténues del ensueño, los triles
con que envuelve sus formas la ilusión del mañana
la perfección anímica de la familia humana,
la generosa vida que se da en el esfuerzo
de una nota de música o de un ritmo de verso,
y sabed que en el mundo no existe otra verdad
que la verdad que alcanza hasta la Eternidad
y que no es reducible a valores contables
que son al fin de cuentas valores desechables.

Ciudadanos de América, sed idealistas, sed
caballeros de todas las andanzas, sabed
que nada es comparable, que ningún vuelo ignota,
al vuelo del espíritu sobre su propia ala
y que el único modo de elevarse del suelo
es alzando los ojos para mirar al cielo.

Ciudadanos de América, recoged la enseñanza
que dió el Caballero Andante a Sancho Panza
y poned vuestro ensueño por encima de todo
lo que pueda mancharse al contacto del lodo;
honrad de esa manera la tradición de España,
el culto del abuelo, el amor de la hazaña,
y preparad el pueblo para ser algún día
el portavoz hispano de una nueva armonía.

Sólo entonces, América, tus hijos serán grandes.
Cuando desde el Atlántico hasta el pie de los Andes
y cuando desde el Andes hasta la mar Pacífica
se pueble el Continente de una raza prolífica
capaz de dar la norma al universo entero
sosteniendo en las sílabas de su hablar ibero
la excelcitud del Arte, la excelcitud del Bien,
la excelcitud del alma de los hombres, los cien
excelcitudes grandes que no son traducibles
ni en números, ni en cheques, ni en valores fungibles.

Hacia ese rumbo, América, infla la vela y parte
llevando de la estirpe latina el estandarte,
conservando las viejas tradiciones latinas,
asegurando el triunfo de las razas latinas,
latinizando al hombre, latinizando al mundo,
latinizando todo lo que sea un profundo
concepto espiritual de la vida y de los
sentimientos eternos que nos enseña Dios.

Luis María

EL CANTADOR

DE "FIESTAS GALANTES"

LXXXVII

Escucha la dulce cancién que
flora para agradaros. Es discreta, es
ligera: con temblor del agua sobre
el césped!

La voz es conocida (y amada) pe-
ro aún conserva su altivez.
Y en los amplios pliegues de su
velo que palpita a las brisas del
ocaso: oculta y muestra al corazón
maravillado la verdad como una es-
trella.

Y dice, la conocida voz, que la
bondad es nuestra vida, y que de
la envidia y el odio, nada queda,
cuando llega la muerte.

Habla también de la gloria, de
ser humilde y sencillo y de las bodas
de oro y de la tierna felicidad de
una paz sin victoria.

Alegro la voz que persiste, en
su ingenuo epitalamio. Nada es me-
jor para el alma, que hacer un alma
menos triste.

Como está en pena y de paso, el
alma que sufre sin cólera, tiene una
moral tan clara!.... Escuchad la
sabia cancién!

Paul VERLAINE.

PATRIA Y JUVENTUD

Los espíritus jóvenes, las almas adoles-
centes, que llevan en sus recónditas ca-
vidades el suave perfume de un parque
de rosas recién abiertas o el dorado re-
flejo del sol esplendoroso de la Esperanza,
son los que imprimen el movimiento
progresivo de las naciones hacia la
cumbre inamovible de sus destinos.

Templados esos espíritus al calor de
un ideal soñado en sus horas de juventud,
y con la fe plantada en sus corazones,
como una especie de gloria en un campo
de luchas libertadoras, ellos siguen la
senda de su Esperanza hasta llegar a la
meta, donde tendrán la vid que abreve
sus ansias y el maná que calma las fauces
bostezadoras de sus anhelos.

No importa que en el camino estrecho
de su peregrinaje por la existencia, ha-
llan los cardos espinosos del Egoísmo,
las zarzas impiadosas de la Perfidia, que
quieran detener o fatigar su paso de
legioneros de sus ideales; ellos van, serenos
echando a un lado cardos y zarzas y
entonando el cántico dantoniano, presidi-
dos por el espíritu, alado y blanco, de la
leyenda shakespeareana.

Por eso, cuando la patria mira en su
cielo los negros nubarrones de la tormen-
ta, que le presagian funestos días de duelo
y llanto, espera, confía en esos pechos
adolescentes que alientan por ella el fer-
vido sentimiento que nace exaltado y
grande bajo las ardientes palpitaciones
del corazón de su juventud.

La patria, nuestra, vejada y escarneci-
da por la planta infamante de los
señores de Atila, que moran aliente
Tumbes, sufre calladamente
tanto infortunio porque no tie-
ne los vengadores berthas que llenen el
infinito con sus ruidos y horridos gritos
de sangre y muerte que vuelvan impo-
lido el amado suelo, ni tampoco los agu-
eridos legionarios que al son vibrante de
los tambores planten en la ribera del
Amazonas las alas y triunfadoras ban-
deras de Larqui, que un día vieran entre
sus pliegues reflejarse los rayos, albos y
límpidos, de un sol de gloria, que desde
la esfera magnífica miraba compasivo
la vergonzante derrota del invasor.

Pero, ahí que la hora llegará del casti-
go de las infamias y del rescato de nues-
tras tierras holladas por la perfidia con-
quistadora.

Ya la patria contempla el pabellón glo-
rioso, roscado de su juventud que se
apresta a la lucha reivindicadora que se
avencina, llevando por delante el ideal
grandioso de enterrar las máximas estrellas
de nuestro himno al compás cadencioso
de las ondas del Marañón, mientras re-
suena en Tumbes el último estampido de
los cañones de la victoria.

Allí, la juventud entusiasta del Rocaf-
uerte, privándose de las horas placidas
de una dulce y casta sonrisa o de una mi-
rada de arrebollos enloquecidos, por las
aventuras guayqueñas marcha gozosa,
al son de los tambores y siguiendo las
imponentes voces de mando del Coman-
dante que le enseña el paso de vencedo-
res y la carga fulgurante que redima
nuestras fronteras.

Ahí que hermoso ejemplo de patriotis-
mo, que enciende los corazones y hace
solar al alma en una patria grande y fe-
liz, donde solo aliente el espíritu de la
Paz, en comunión eucarística con esa
diosa tan bella que se dice Fraternidad.

Paul d'Isnard.

SOMBREROS de color, al último
estilo para señoras y señoritas,
encontrarán nsted en la casa de
Tomás Macías S.
Dirección: O. Ballén, No. 511
Teléfono No. 1030

F. J. Falquez Ampuero
—1921—
(*) Pensionado "Sotomayor" en
el Hospital General de Guayaquil.

¿MIS OJOS? ¿LOS TUYOS?

Muchas veces, en las horas tu-
yas, he pensado, al mirar los espe-
jos ensañados de la soledad y del
silencio, multiplicarse hasta un in-
finito de ensueño, fulgurantes de tí
mis insomnes pupilas:

Mis ojos ¿son mis ojos o son los
tuyos? Sólo, a ti veo en ellos, como
si tú y yo fuésemos algo tan consub-
tancialmente inseparables como la
sombra y el cuerpo. Cuando desapa-
reces tú, viene tu recuerdo; y mis
ojos se llenan de joyas de oro, de
chispas de diamantes, como si fue-
sen cisternas en donde se reflejasen
todas las estrellas del cielo.

Estas ojeras que agrandan y en-
sombrecen mis pupilas ¿nacieron de
mis insomnios o de los tuyos?

Cifien realmente como coronas de
amor, mis ojos; o los he visto en
los tuyos, y por eso los veo ahora
en los míos?

¿Las he soñado en tí o en mí?

¿Brotaron bajo tus besos o bajo
los míos?

Violentas efímeras, se aliven en el
transcurso de una mirada fugitiva
y se deslucen en un fugitivo parpa-
deo, para volver a brotar y a morir.
Y así siempre, como este amor
que se enciende y se apaga eterna-
mente y que desaparece para surgir
de nuevo, más intenso, más voraz,
más absorbente, y para el cual no
hay tiempo, ni barreras, ni distan-
cias, porque sabe hacer de la misma
muerte un principio de vida.

Ojos tuyos, ojos míos, ojos de los
dos.... ¿Hasta cuándo seréis dis-
tintos?

¿Hasta cuándo?

¡Oh! El día en que todo lo veamos
a través de un solo sueño y no exis-
ta ni lo tuyo ni lo mío, sino lo nues-
tro!

Francisco VILLALBAESPESA.

FUENTE DE SODA "LA GEISHA"
9 de Octubre esquina San Francisco
Manteguilla fresca todos los tra-
nes. — Quesos serranos. — Refre-
cos y helados de toda clase. — Jugo
de naranjas. — Leche malteada: —
produce energía y vitalidad. — Que-
sadas y aplanchados de Quito. —
Conservas de toda clase y repertorio
de galletas extranjeras de las me-
jores marcas.

Dr. CORNEJO
CAMPOSANO
Domicilio y Consultorio: Bolívar 209
frente al Banco Territorial.—Teléfo-
no 326.
Consultas de 2 a 5 p. m.
Tratamiento especial en
GARGANTA, NARIZ y OÍDOS.

LA MUSICA

Después de haber meditado lar-
go tiempo acerca de la esencia de la
música, os recomiendo el goce de
este arte como el más exquisito de
todos. No hay ninguno en que obre
más directa y hondamente la ver-
dadera naturaleza del mundo. Escu-
char grandes y hermosas armonías,
es como un baño de oído; purifica
toda mancha, todo lo malo y
mezquino, eleva al hombre y le po-
ne de acuerdo con los más nobles
pensamientos de que es capaz, y
entonces comprende con claridad
todo lo que vale o más bien, todo
lo que pudiera valer.

Cuando oigo música, mi imaginación
juega a menudo con la idea de
que la vida de todos los hombres, y
la mía propia, no son más que sue-
ños de un espíritu eterno, buenos
o malos sueños de que cada muerte
es un despertar.

Arturo SCHOPENHAUER.

TU SENDA Y LA MIA

En una noche, de luna
enano yo los ojos a la vida abrí; y
viendo que la estrella de la luna era
admirable, e irradia hacia una
estrella incomparable, la seguí.

Dirigiendo mis pasos a la albañal,
congo me encontré y hablé con
tigo. Eras blanca, más blanca que
la senda de la luna, que muy sola,
may sola, proseguí.

Ascendimos. Tú, un cerro abrupto,
el de la vida. Yo a la blanca to-
cra. Ascendimos, y los rostros
volvimos a mirarnos, mirarnos.

Y desde la estrella blanca en que
yo te miraba, miraba que tus car-
nes la ascensión desgarraba....

DON QUIJOTE.